

EL ENCUENTRO CON ANACAONA: FREDERICK ALBION OBER Y LA HISTORIA DEL CARIBE AUTÓCTONO*

Peter Hulme



acia el final de la novela de Frederick Albion Ober titulada *The Last of the Arawaks: A Story of Adventure on the Island of San Domingo* (1901), situada en 1899, uno de los héroes, Arthur Strong, joven proveniente de la Nueva Inglaterra, es llevado a presencia de la Reina Anacaona, descendiente directa de la cacica taína del mismo nombre a quien Nicolás de Ovando ejecutó en 1503:

* Debo expresar mi reconocimiento a Arcadio Díaz Quiñones y a Léon-François Hoffmann, por su invitación a participar en la conferencia en la que se basa el presente volumen, así como por todo el aliento que me han dado; y también a los demás participantes en el coloquio final: Amy Kaplan, Rolena Adorno, Ken Mills y Bill Gleason. El Profesor Irving Leonard (por intermediación de Rolena Adorno) aportó algunas referencias muy valiosas. La investigación correspondiente a este trabajo la inicié cuando era yo becario de la Fundación Rockefeller por Humanidades en la Universidad de Maryland, y quisiera expresar mi agradecimiento a los miembros del Departamento de Español y Portugués, de College Park, por la hospitalidad y el apoyo que me brindaron. Facilitó mi investigación sobre Frederick Ober la ayuda experta que me ofrecieron los encargados de los archivos de la Smithsonian Institution, de la Sociedad Histórica de Beverly y de las Bibliotecas de la Universidad de Washington, en Seattle.

Puesto que allí, ante él, a unos tres metros de distancia, se encontraba la más bella mujer que jamás hubiera contemplado. Lo cierto es que nunca había imaginado a una mujer ni la mitad de hermosa, y mucho menos la había conocido. Reposaba ella en una concavidad tallada en la roca viva, vestida con una túnica blanca de suave algodón sedoso, recogida en la cintura mediante un ceñidor dorado; traía en la cabeza un cintillo de oro martillado, por abajo del cual caía una lluvia de trenzas negras y lustrosas; y sus ojos, negros como su cabello, eran profundos y luminosos. Su cutis no era oscuro, como el de Esteban, sino de un matiz cremoso, con mejillas como una granada y labios de rojo coral, entre los cuales relucían dientes blancos como el marfil, que mostraban una afable sonrisa.¹

Muchas y muy diversas son las preguntas que plantea este encuentro dramático y enigmático. Las más inmediatas se refieren al contexto de la ficción. ¿Cómo es posible que en 1899 un viajero estadounidense haya podido conocer a una india taína en una isla donde se supone que los taínos habían quedado exterminados desde finales del siglo XVI? ¿Con qué género de libro estamos tratando? ¿A qué clase de historia literaria pertenece un libro de esta índole? Y luego, se podrían plantear preguntas más específicas acerca del lenguaje con el que se describe el encuentro, y acerca del hecho mismo de que tal encuentro se imagine por un escritor estadounidense en ese momento en particular, que tanta importancia reviste para las relaciones entre Estados Unidos y los países antillanos. ¿Cómo es que Ober llegó a tener este tipo de intereses en la década de 1890? ¿De qué manera se relacionan estos intereses con el desarrollo general de la literatura acerca de las Antillas como un todo, y con la historia de los pueblos caribes autóctonos en particular? Todas estas preguntas serían formas de aproximarse a la más importante y obvia de ellas: de manera precisa, ¿qué tiene que ver la historia del Caribe nativo con los acontecimientos de la década de 1890, con esa traslación de imperios que fue el contenido, la materia de *The Caribbean between Empires*?

¹ Ober, 1901, p. 306

UNO

Durante las primeras tres cuartas partes del siglo XIX, en ninguna de las islas del mar Caribe se puso gran atención a las culturas que en otro tiempo habían florecido allí, y fue poco el interés que mostró por ellas el mundo externo. Se pueden sugerir cuatro razones principales, que además se entrecruzan, para explicar el nuevo interés en la historia y la cultura indígenas que marcaron el último cuarto del siglo. Dentro de las Antillas de habla hispana —Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana—, el interés por las cuestiones indígenas era uno de los aspectos para la elaboración de una tradición nacional. Las dos formas principales que ésta adoptó fueron: una literatura indigenista, que tendía a considerar las anteriores luchas de los nativos contra los opresores españoles como alegorías del movimiento contemporáneo en pos de la independencia (aun cuando el ejemplo más importante de la ya independiente República Dominicana, la obra *Enriquillo*, tome un rumbo muy diferente); y los inicios de una investigación arqueológica y de archivos, en la que se hacía hincapié en los acontecimientos locales, esto es, insulares, en vez de considerar que las islas formaban parte de una historia imperial.²

La segunda razón del interés en los acontecimientos indígenas se encuentra en el establecimiento, en Estados Unidos, de lo que, retrospectivamente hablando, se habría de reconocer como la disciplina de la antropología. Ésta tenía muchas ramificaciones, pero siempre en el centro de ella figuraba el estudio del indio americano. Había una gran cantidad de indios en el continente norteamericano, a muchos de los cuales el Ejército de los Estados Unidos mató o quitó de en medio en el transcurso del siglo; pero los nativos de las Antillas ocupaban un lugar especial por haber sido los primeros americanos con los que se topó Colón y, por ende, gozaron de cierta consi-

² Por lo común, la literatura indigenista de las Antillas ha sido tratada condescendentemente por parte de los historiadores literarios del área (por ejemplo, Henríquez Ureña, 1963, vol. I, pp. 173-178); aunque ahora debe verse Arrom (1980), Sued Badillo (1978, pp. 1-18), García Arévalo (1988), y un artículo reciente de Ivan Schulman (1992) en el que trata algunos ejemplos cubanos con una seriedad que ya anhelábamos. Las investigaciones antillanas sobre las antigüedades de la región han sido ignoradas en años recientes, aun cuando su importancia se ha reconocido en estudios anteriores tales como los de Harrington (1921) y de Ortiz (1925); ya en 1851, André Poey presentó un trabajo sobre "Antigüedades cubanas" ante la Sociedad Etnológica Norteamericana (Poey, 1851), y la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba inició sus actividades en 1877, esto es, en el mismo año de la primera visita de Ober a las Antillas (Rivero de la Calle, 1966).

deración, especialmente tras la celebración del Cuarto Centenario, en 1892 —aun cuando no fue sino hasta 1898 cuando se emprendió en las islas algún trabajo antropológico y arqueológico serio, al quedar éstas bajo el control de Estados Unidos.

El interés de este último país en las Antillas había venido creciendo constantemente a todo lo largo del siglo, con una interrupción en los años de la Guerra Civil. Se había debatido incesantemente la anexión de las islas, o de parte de alguna de éstas. En un país consciente de su propio destino manifiesto, era inevitable que surgiera un interés en la historia de las islas que se codiciaban. Se hizo la descripción de dichas islas, así como la anatomía de sus sistemas políticos, se enumeraron sus recursos naturales y hubo discusiones inacabables sobre las posiciones estratégicas que ocupaban. Y así, lentamente se fueron reconstruyendo sus historias indígenas y coloniales hasta darles una imagen adecuada. Fue Washington Irving quien resumió la historia del Imperio Español en las Antillas, para los lectores estadounidenses, gracias a sus obras sobre Colón y los albores del período colonial.³

Y finalmente —cuarta razón por la que se incrementa el interés en las cuestiones indígenas—, tras décadas de olvido desde el mundo exterior, los viajeros comenzaron a *visitar* a los caribes que aún existían en cantidades importantes, en las islas de Dominica y San Vicente, aproximadamente después de 1880. Por más que no se hallaran exactamente en el circuito turístico, estos amerindios pasaron a ser “visitables” en el sentido preciso de que se les consideraba dignos de una desviación por parte del viajero y, por ende y más a menudo, los sujetos de una descripción por parte del escritor viajero.⁴

DOS

El escritor más importante, dentro de este “redescubrimiento” de los caribes fue Frederick Ober. En cierto sentido, las raíces de ese encuentro ficticio con la figura de Anacaona se pueden hallar en sus expediciones a las Antillas Menores, en la década de 1870, en cali-

³ Sobre los antecedentes de los trabajos de Irving referentes a Colón, véase la introducción de J. H. McElroy (Irving, 1981). Para un buen estudio reciente, véase Antelyes, 1990.

⁴ Véase Hulme, 1993.

dad de ornitólogo. Mientras se encontraba en la isla Dominica, supo de “informes sobre la región caribe” que mencionaban la naturaleza de los habitantes: “Que vivían apartados del mundo, no tenían relaciones con otros pueblos; vagaban desnudos por la selva; carecían de casas y dormían en el suelo sobre lechos de hojarasca” (Ober, 1879b, pp. 78-79).

Los dos meses que a continuación vivió con los caribes fueron el comienzo de una prolongada fascinación por los pueblos indígenas de las Antillas, por su historia y por las circunstancias presentes de sus descendientes.⁵ Las primeras impresiones de Ober eran de pérdida. Aun cuando quizás debieran su existencia a “las hazañas y valentía de sus ancestros” (p. 78) en sus combates contra los europeos, los caribes eran simplemente “un vestigio del que alguna vez fue un pueblo poderoso” (p. 73):

¡Cómo han cambiado los caribes de nuestros días!... Su forma de vida libre, sus largas jornadas en la mar, e incluso su lengua, son, todas ellas, cosas del pasado. Estos remanentes de una raza, que tan tranquilamente viven en estas islas acorralados entre la selva y el mar, que pacíficamente cultivan sus jardines y tejen canastos, y que entre callados suspiros van acabando su existencia, de manera lenta pero segura están entrando al gran limbo del olvido. Han olvidado ya las grandes hazañas de sus padres, la asombrosa valentía de sus ancestros... He aquí, pues, a personas que han perdido su lengua, su prestigio, sus tradiciones y ambiciones; y sólo es cuestión de poco tiempo para que cesen de existir, y para que las selvas y los ríos, para que los arroyos tropicales donde se bañan, frescos bajo la sombra de los helechos, ya no vuelvan a saber de su presencia. (pp. 110-111)⁶

A pesar de todo ello, eran personas que revestían un interés especial, especímenes de la misma índole que las aves que Ober fotografiaba, esto es, discursivamente marcadas por el interés que tenían para la Smithsonian Institution, parte del mundo natural que era preciso estudiar, coleccionar y clasificar: “Como los únicos indios que restan

⁵ Los caribes de la isla Dominica fueron visitados por sacerdotes anglicanos y católicos, y ciertamente había personajes prominentes de la isla que sabían de su existencia, tales como los doctores John Imray (1811-1880) y Henry Alford Nicholls (1851-1926), pero no hay literatura británica publicada sobre dichos caribes, desde los breves párrafos de Thomas Atwood (1791) hasta el ensayo que escribiera el Dr. Rat para el Instituto Antropológico de Londres (1897). Acerca de este período, véase Hulme y Whitehead, eds., 1992, pp. 231-240.

⁶ Véase, sobre esta metáfora, Hulme, 1990 y 1993.

entre el continente de Sudamérica y el de Norteamérica, entre la Guayana y la Florida, estos caribes poseen un interés que no tiene ninguna otra tribu existente" (p. 108).

Ober recibió cierto apoyo y aliento por parte de Joseph Henry de la Smithsonian Institution para la realización de su trabajo antropológico; pero durante el subsiguiente período de Spencer Baird como Secretario, fue muy escaso el éxito que tuvo en obtener dinero para proseguir sus primeras investigaciones.⁷ La Oficina de Etnología Norteamericana (*Bureau of American Ethnology*) no se fundó sino hasta 1879, y se orientó firmemente hacia los indios que se hallaban dentro de las fronteras nacionales estadounidenses; incluso cuando después de 1898 se iniciaron las investigaciones arqueológicas en Puerto Rico y Cuba, hubo poco entusiasmo por trabajar con los caribes sobrevivientes de las Antillas Menores. Las narraciones descriptivas que hizo Ober de los caribes de Dominica y San Vicente, y el vivo interés que manifestó en sus formas de vida y en su historia, únicamente recibieron un signo de reconocimiento por parte de la nueva ciencia de la etnología cuando fue invitado a trabajar como comisionado especial de la Exposición Colombina Mundial, labor que implicaba un enlace con los grupos locales que mandaban material a Chicago y la recolección de objetos de interés, especialmente de aquéllos pertinentes a Colón. Los trabajos que resultaron de este encargo fueron la segunda narración del viaje que efectuó Ober por el área, titulada *In the Wake of Columbus: Adventures of a Special Commissioner sent by the World's Columbian Exposition to the West Indies* (1893) [*En la estela de Colón: aventuras de un Comisionado Especial enviado a las Antillas por la Exposición Colombina Mundial*] y su pieza literaria más erudita, *Aborigines of the West Indies* (1894), en la que resume los resultados de sus vastas lecturas y los combina con sus experiencias personales para producir un compendio de sesenta páginas sobre las culturas autóctonas de las Antillas y la suerte que corrieron en el transcurso del Imperio Español.

Ober continuó siendo un viajero-escritor, así como un historiador que gozó de popularidad, pero en 1883 comenzó a escribir novelas, muchas de las cuales tienen un marco histórico. Dos de ellas resultan de importancia para nuestros propósitos en estas páginas: *The War*

⁷ Véase Henry, 1877.

Chiefs: A Story of the Spanish Conquerors in Santo Domingo (1904b), que se centra en la siempre fascinante figura de Caonabo, esposo de Anacaona, y *Under the Cuban Flag, or the Cacique's Treasure* (1897), la otra de sus novelas antillanas que, junto con *The Last of the Arawaks*, son las únicas que están situadas en la época contemporánea, aunque la primera de estas dos, una vez más se caracteriza por la aparición de un remanente indígena escondido en las montañas, cuyo "tesoro" se convierte en dinero para comprarles armas a los rebeldes de la parte oriental de Cuba. Hemos dicho así lo suficiente como para indicar que la aparición de Anacaona no es anómala dentro del trabajo de Ober, sino que forma parte de una preocupación imperecedera por la historia y la disposición actual de los antillanos, incluyendo a sus pueblos autóctonos.

TRES

The Last of the Arawaks pone en el centro del escenario a dos héroes adolescentes, a quienes supervisa Henry Garland, el cónsul estadounidense en Santo Domingo, que actúa como su mentor adulto y figura de apoyo. De hecho, la novela comienza con el rescate que hace Garland de los dos muchachos, los que han sido encerrados en la prisión de Santo Domingo, tras verlos atacados por noventa y ocho "brutos oscuros", todos ellos negros o de color: "¡Deténganse villanos; dejen en paz a estos hombres, si no quieren que los mande fusilar a todos! ¿Me oyeron? ¡Yo soy el cónsul norteamericano!" (p. 19). El hecho de que la prisión se haya construido junto a la Casa de Colón, esto es, la casa de Diego Colón, hijo del navegante, recalca, ya desde el inicio, la degradada naturaleza del Santo Domingo de la época. Garland rescata a los muchachos sobornando al carcelero y luego se va a ver al Presidente, Ulises Heureaux ("Lilís" o "Lilí"), por cuyas órdenes habían sido encarcelados, para lanzarle toda clase de invectivas.⁸ Lo único a lo que teme este déspota, según sugiere el li-

⁸ Ober dedica un buen espacio a la descripción de Heureaux: "Era un hombre de estatura media, de tez morena y torso bien formado; su cabello corto, negro y rizado, hombre de faz adusta. De habérmolo encontrado por la calle nos hubiera atraído su personalidad, por la autoridad que se desprendía de su porte y por el poder absoluto que reflejaba su cara. Su nariz era grande y chata, sus pómulos prominentes y sus labios ásperos y sensuales; pero sus ojos echaban destellos de decisión, y a veces más que eso —brillaban y fulguraban— como los de un tigre,

bro, es al gobierno de los Estados Unidos (p. 31), y Garland trata de explotar este miedo cuando exclama: “Ya ha pasado la hora en que un ciudadano estadounidense se avergonzaba del país en el que había nacido, y ha llegado el momento en que ninguna nación, por vigorosa que sea, pueda ponerle las manos encima a un norteamericano de esa clase y no arrepentirse del día en que lo hizo” (p. 35). La segunda mitad del siglo XIX se había caracterizado por numerosos insultos que supuestamente se les había infligido a ciudadanos de Estados Unidos; las palabras de Garland parecen implicar que después de 1898 las cosas han cambiado. (Más adelante, a la llegada del Comandante del acorazado, recuerda que no hace mucho tiempo “hasta el pequeño Chile, allá por Sudamérica, se daba el gusto de insultar [nuestra bandera]” (p. 79). En el mar Caribe, el infamante incidente del *Virginius*, en 1873, en el cual 53 ciudadanos estadounidenses fueron fusilados sumariamente por contrabando de armas hacia Cuba, era el insulto que más se recordaba y que requería de venganza —hasta que sobrevino el hundimiento del *Maine*.

Tras un buen trecho de estira y afloja, durante el cual Heureaux ordena la ejecución del carcelero al que Garland había sobornado y el Cónsul manda traer un acorazado desde Puerto Rico, los jóvenes son puestos en libertad. Resultan llamarse Arthur y Hartley Strong (Art y Hart), “oriundos de Nueva Inglaterra, norteamericanos por derecho de nacimiento y con un muy largo linaje de ancestros” (p. 85) — descripción que se hubiera ajustado a la del propio Ober. Habían

presagiando el desastre o la muerte para cualquiera que pudiese tener la suficiente valentía o la audacia necesaria para oponérsele. Poco es lo que se sabe de su historia, salvo que nació en una de las pequeñas islas inglesas de las Antillas, que llegó a Santo Domingo en calidad de aventurero en busca de fortuna y que, uniéndose a los alzados de esa época (ya que la isla siempre se hallaba bajo la angustia de una u otra revolución), de alguna manera se encumbró al poder; y una vez que tomó las riendas del poder ya no las soltó ni por un instante. Cuando lo conocimos, ya hacía años que llevaba esas riendas, y la isla había gemido durante mucho tiempo y vanamente, bajo sus opresiones. Había encarcelado a hombres y mujeres a placer, mandado a los hijos y hermanos de éstos a las guerras, a sus hermanas e hijas a una irremediable esclavitud de la peor especie, y había llenado las mazmorras con sus víctimas, rara vez dejándolas salir de allí, a menos que fuese para mandarlas fusilar o ahorcar”. (1901, pp. 30-31).

Al decirnos que había nacido en una isla británica de las Antillas, Ober simplemente repetía un relato común sobre los orígenes de Heureaux. Según su biógrafo más reciente, Heureaux era el hijo natural de Josefa Level, de la isla de Santo Tomás e hija de un venezolano, y de D’Assas Heureaux, un haitiano. Nació el 21 de octubre de 1845, en Puerto Plata, y fue bautizado como Hilario Level, pero posteriormente fue reconocido por su padre, quien le cambió el nombre a Ulises Heureaux (Sang, 1987, p. 9). Ober escribió un interesante obituario de Heureaux (1899).

sido desembarcados subrepticamente por una goleta yanqui cerca de la ciudad en ruinas de Isabela, en la costa norte de la isla. Garland comienza la narración de sus andanzas:

Que su incentivo haya sido el sentimentalismo, o el deseo de obtener información histórica, es cosa que yo no sé; pero mi informante afirmaba que habían sido ambos, y también la esperanza de encontrar algún tesoro oculto, o alguna mina de oro. Sea lo que fuere, se pasaron en ese sitio más de una semana y escudriñaron las ruinas a fondo, en busca de lo que haya sido que esperasen encontrar, y luego emprendieron la marcha hacia el interior de la isla. (p. 87)

Isabela fue el lugar donde Colón construyó su primera ciudad, que pronto fue abandonada cuando su hermano se enteró del oro que se podía encontrar en la costa sur.⁹ El triple motivo de los muchachos —sentimiento, historia y tesoro— corresponde de manera bastante cercana a las diversas narraciones que Ober ha hecho de sus propios intereses como viajero por las Antillas. Garland —que es una versión más anciana y más sabia de Ober— le da a los jóvenes una larga lección de historia, que culmina con la información de que él se hallaba presente cuando se descubrieron los restos de Cristóbal Colón en la cripta de la catedral de Santo Domingo, en 1877. Les narra la forma en que encontró una placa de unos diez centímetros dentro del ataúd de Colón, por la que ninguno de los dignatarios había mostrado el más mínimo interés. Esta placa revela el paradero de la casa del tesoro de Caonabo, y da las instrucciones para llegar allí.¹⁰

⁹ Para los trabajos arqueológicos que se han llevado a cabo recientemente en Isabela, véase Cruzent, 1991.

¹⁰ Cuando Ober viajó a la República Dominicana en su función de Comisionado Especial para la Exposición Colombina Mundial, Heureaux estaba dispuesto a mandar los restos de Colón para ser exhibidos en Chicago, a cambio de un préstamo por 100,000 dólares —que no habría de obtener; véase la airada narración que hace Ober de este incidente en su obra *Our West Indian Neighbors* (1904a, pp. 189-196), libro que, de manera reveladora, lleva por subtítulo: *The Islands of the Caribbean Sea, "America's Mediterranean"*.

Sumner Welles señala que cierto cónsul estadounidense apellidado Astwood fue "despedido por el Presidente Cleveland por el doble motivo de haber hurtado fondos confiados al Consulado, y de haber dado inicio a la 'indecente propuesta' conforme a la cual él y su socio hubieran recorrido los Estados Unidos con los restos de Colón como espectáculo complementario en circos y exposiciones" (Welles, 1928, Vol. II, p. 463). También señala, contrariamente a lo que ocurre con el héroe ficticio de Ober, que Heureaux no dejó de tener el mismo éxito en cuanto a lograr la amistad de los sucesores más respetables de Astwood.

Los dos jóvenes se dirigen al Cibao, largo y fértil valle que corre entre las cordilleras central y septentrional de la isla, y gozan de un interludio idílico cerca de la ciudad de Santiago de los Caballeros, aprendiendo algo sobre la historia de la isla y sus dificultades actuales, a la vez que resisten gallardamente las deliciosas pero perturbadoras atenciones de las cinco hermosas hijas de su anfitrión. La etnografía y los tesoros son demasiado importantes como para permitir que se entrometa el sexo.

Prosiguiendo su viaje, Arthur y Hartley conocen al misterioso Esteban, quien les ofrece sus servicios y los guía hacia la cordillera; y luego, después de atravesar una especie de escotillón o puerta de trampa, entran a un hermoso valle que sería “adecuado para un paraíso terrenal” (p. 252). Todas sus necesidades corporales son atendidas en este edén tropical: “satisfacción sin riqueza”, lo llaman (p. 266), tal vez con la punzada ansiosa de que tal contentamiento va en contra del orden natural de las cosas. Se consideran a sí mismos en la misma situación que Robinson Crusoe, con Esteban como su Viernes —ya que el primer indicio que tienen de él es una sola pisada de gran tamaño (pp. 235, 270). Puesto que ambos muchachos saben que Viernes fue un indio caribe, de inmediato se plantean la posible presencia de indios en este aislado valle de las montañas, conversación que a Esteban le causa cierta inquietud.¹¹ A su pregunta sobre si alguna vez ha visto señales de indios en esta región, Esteban les pregunta a su vez qué es lo que harían si se toparan con alguno de ellos:

¿Hacerles algo? [dice Hartley] Nada, por supuesto. Pero tendría ganas de agarrarlos y ponerlos en una vitrina; y es que son tan insólitos, ¿sabes? Mira, si hasta por sus huesos obtendríamos un buen precio. Sé de un museo que pagaría cien dólares por el esqueleto de un indio —uno de esta isla, claro está. ¿No crees, Art, que podríamos sacarle esa cantidad a nuestro museo gubernamental? (p. 272)¹²

¹¹ Ober acababa de escribir un libro en el que demostraba que la isla de Robinson Crusoe era Tobago y que Viernes era, por tanto, un caribe (1898), de modo que estaba claro que aquí iba a repetir su tesis (1901, p. 270).

¹² Los restos óseos de los indios eran cosa que preocupaba constantemente a Ober. En *In the Wake of Columbus* ofrece un relato semihumorístico, por más que ligeramente angustioso, de su búsqueda: “Anduvimos a tientas durante muchas horas, ese día y los siguientes, por las cuevas oscuras y lúgubres; encontramos muchos fragmentos dispersos de esqueletos y huesos desmoronados, pero ningún esqueleto completo —tal como lo dejó su dueño cuando se deshizo de estos despojos mortales. Si Colón hubiera podido saber —y si los mismos indios pudieran haber

Para gran sorpresa de los muchachos, Esteban revela la presencia de indios al otro lado del valle. Valientemente, Arthur se somete a la purificación ritual que es necesaria antes de efectuar una visita a la reina indígena, pensando en sí mismo como en “un mártir de la ciencia”. La reina Anacaona no habla ni español ni inglés, pero resulta que Arthur trae consigo un vocabulario que contiene las voces principales del arahuaco y que le obsequió un erudito profesor antes de salir de Estados Unidos; de tal modo que se hace posible cierto proceso mutuo de aprendizaje de la lengua, al igual que la cuasi obligatoria ‘escena del libro’ en la que los indios ven por vez primera el milagro de la palabra impresa (pp. 315-321).¹³ Percibiendo la ansiedad de Arthur por el destino que hubiera corrido su hermano, a quien Esteban había ido a buscar para traerlo, Anacaona le indica, a través de la articulación de unas cuantas palabras en arahuaco — “canao”, “bohío”, “Caonabo”— el sitio donde se halla el tesoro de Caonabo:

Vigilaba ella, anhelante, su cambio de expresión; y observó con satisfacción el abrillantamiento de sus ojos y la forma en que subía su color. Ya no se veía indiferente ni distraído, sino bien despierto y alerta. “Ven, pues”, le dijo ella en arahuaco, al tiempo que lo tomaba

sabido— el valor que ahora se concede a un esqueleto aborigen, en este Cuarto Centenario de su descubrimiento, tal vez algunos de ellos hubieran amablemente legado sus huesos a los investigadores de la posteridad... Más adelante encontré otros restos en la Isla del Gato, y puesto que éstos se agregaron a los que obtuve aquí, y todos ellos se pusieron bajo la responsabilidad del Profesor Putnam, del Departamento de Etnología, quizás surja algo de interés. Sí, debo confesar que estoy dolorosamente decepcionado, y realmente estoy muy molesto con Colón y con los aborígenes, por haber sido tan desconsideradamente descuidados al no dejarnos ningún vestigio de sus restos” (Ober, 1893, pp. 77-78).

Incluso anteriormente, en *Camps in the Caribbees*, Ober ya se había referido —esta vez de manera completamente inconsciente— al valor de los esqueletos de indígenas: “Ese mismo domingo se enterró al pie de la cruz a la persona más anciana de la nación, una mujer caribe muy vieja, cuya muerte lamenté, pues esperaba su recuperación para obtener de ella un vocabulario de palabras caribes. Mi pena sólo se veía aliviada por el pensamiento de que quizás se presentara la oportunidad de exhumar su esqueleto, que significaría una valiosa adquisición para el Smithsonian Museum” (1879b, p. 98).

¹³ Ober había reunido un vocabulario de esta índole durante su primer viaje a las Antillas; todavía pervive en los Archivos Antropológicos de la Smithsonian Institution (Ober, 1877). También se interesó en el aprendizaje de la lengua, como lo atestigua el aval que sobrevive de un método patentado (Ober, s.f.).

de la mano. "Si sólo eso es necesario para hacerte feliz, será tuyo" (p. 331).¹⁴

Le muestra la cueva que contiene los objetos de oro y sin mucha alharaca se los regala: "...la sangre le punzaba ante las posibilidades, las potencialidades que implicaba la posesión de tanta riqueza. Había allí el oro suficiente como para levantar una ciudad modelo, el suficiente como para construir escuelas para la educación de miles de personas pobres pero merecedoras de ella, el suficiente como para mejorar las condiciones de otros miles que tenían que vivir en la inmundicia y la miseria. ¿Qué no podría hacer si toda esta riqueza fuera suya?" (pp. 335-336).

CUATRO

En términos generales, tanto *Under the Cuban Flag* como *The Last of the Arawaks* son claramente relatos de aventuras para muchachos, que siguen la tradición de Julio Verne, de G. A. Henty, de Mayne

¹⁴ El hecho de invocar a personajes históricos, como lo hace Ober al ponerle a su 'reina' taína el nombre de Anacaona, equivale a invocar las historias asociadas con ellos. El asesinato judicial de Anacaona por parte de Nicolás de Ovando se recuerda, con todo derecho, como uno de los crímenes más espantosos entre los cometidos por los españoles en las Antillas, y Ober lo invoca con la finalidad de poder contrastar mejor el resultado de los respectivos encuentros —el de España y el de Estados Unidos— con el 'mismo' personaje. Sin embargo, el otro relato del encuentro que se narra en el libro —y que nos viene a la mente gracias a estas palabras de Anacaona— se ajusta mejor a la pauta tradicional. Poco después de la fundación de Isabela, Miguel Díaz huye del asentamiento, tras una reyerta en la que piensa que ha matado a un hombre. Atraviesa la isla y conoce a una cacica de la costa del sur, de la cual se enamora. Al cabo de un tiempo idílico juntos, Catalina (como ha pasado a ser llamada), presiente que Miguel Díaz añora la compañía de los españoles. Para tratar de mantenerlo para sí, le muestra el lugar donde se puede encontrar oro, habiéndose dado cuenta de cuán ardientemente los conquistadores codician ese metal. Desafortunadamente, en vez de prolongar el idilio, esta información le permite a Díaz regresar a Isabela, solicitarle el perdón al Adelantado (Bartolomeo Colón), y mudar todo el asentamiento español hacia la costa meridional, donde se funda la ciudad de Santo Domingo, lo cual acarrea rápidamente la desaparición de Catalina y de su gente (Ober, 1901, pp. 12-14). Esta escena se ve extrañamente reflejada aquí, en el deseo de Anacaona de hacer feliz a Art. No obstante, si en el presente caso hay algún deseo sexual, éste se halla sublimado: Anacaona simplemente quiere alegrar a un huésped ligeramente abatido, y lo hace, de un modo improbable, regalándole la totalidad del patrimonio cultural de su pueblo. Ésta es la hospitalidad legendaria del noble salvaje, llevada a su última expresión. Pero no hay duda alguna de la agudeza de Anacaona en cuanto a darse cuenta de que aquello que va a interesar a Art es exactamente lo mismo que interesó a Miguel Díaz cuatrocientos años atrás. Los paralelismos no son alentadores, y seguramente no son los que Ober hubiera deseado trazar: el hecho de que una mujer nativa revele el secreto del 'tesoro' es buscar la destrucción de su gente.

Reid, de R. M. Ballantyne, de H. Rider Haggard y de Robert Louis Stevenson, todos los cuales gozaban de popularidad en Estados Unidos y cuyo trabajo se caracteriza por la misma panoplia de tesoros, mapas antiguos, huesos y heroicos jóvenes del Oeste, sin embargo, las topografías pormenorizadas de Ober, los escenarios contemporáneos y los personajes históricos, separan sus novelas de las aventuras clásicas que por lo común tienen lugar en una geografía vaga o totalmente ficticia y generalmente se sitúan en épocas pasadas.¹⁵

Entre sus contemporáneos de la literatura inglesa, quizás con quien Ober tenía más en común era con G.A. Henty (1832-1902), que con frecuencia tomaba como personajes centrales a dos muchachos adolescentes, y que incluso escribió sobre los indios caribes en su novela de 1883, *Under Drake's Flag* (s.f.). Sin embargo, en tanto que el escritor inglés celebra y defiende los hechos consumados del Imperio, Ober trata de inculcar, tanto en la novela que nos ocupa como en *Under the Cuban Flag*, una ideología imperial que, hasta finales del siglo, no existía en los libros estadounidenses de ficción para niños. Estados Unidos, por así decirlo, se apodera del Imperio Español, pero también se apropia de la forma del relato de aventuras inglés, con el fin de relatar la derrota de España.

Una tradición que se entrecruza con ésta es la de la novela indianista en Estados Unidos, que generalmente se asocia en el tiempo con James Fenimore Cooper, cuya obra *The Last of the Mohicans* (1826) encuentra eco en el título de Ober. Hacia la década de 1890 hay una gran cantidad de 'últimos' indios en la literatura y el arte, para no mencionar ya las narraciones sociológicas y periodísticas de la supuestamente inevitable declinación de los indios de Norteamérica, para las cuales el punto de referencia histórico era la matanza acaecida en Wounded Knee a comienzos de ese decenio.¹⁶ *Ramona*

¹⁵ Nerlich (1989) vincula la tradición aventurera del siglo XIX con sus orígenes en la novela caballeresca. Las novelas de Ober relatan lo que Leo Henkin llama el "romance antropológico", algunos de cuyos ejemplos tratan del "descubrimiento fenomenal de los vestigios de lo prehistórico" (1963, p. 174); y de lo que Brian Street (1975) expone bajo el encabezado de "la novela etnográfica". En su inserción en la historia contemporánea, *The Last of the Arawaks* encuentra ciertos equivalentes estadounidenses directos en las narraciones y novelas del prolífico Edward Stratemeyer (véase Johnson, 1993).

¹⁶ Véanse Dippie, 1982; Berkhofer, 1987; y Mitchell, 1981. "Si uno puede medir por los gustos en cuanto a ficción publicada en revistas, hacia finales del siglo una gran parte del público lector se inclinaba hacia el exterior, hacia escenarios muy distantes, en busca de experiencias

(1988; primera edición en 1884), la increíblemente popular obra de Helen Hunt Jackson tiene ciertas similitudes con *The Last of the Arawaks*, pues Alejandro y Ramona, héroe y heroína, son obligados a desplazarse hacia escondites cada vez más remotos; pero Alejandro, el indio 'puro', está condenado a la locura y la muerte, en tanto que el aspecto central acerca de Anacaona y su séquito es que han sobrevivido en contra de todos los obstáculos.

Las novelas con un ambiente específicamente antillano son más difíciles de encontrar. En este terreno, el precursor más significativo de Ober es probablemente De Bonneville Randolph Keim con su obra *San Domingo. Pen Pictures and Leaves of Travel, Romance and History, from the Portfolio of a Correspondent in the American Tropics* (1870). Keim —a quien su editor había enviado a la República Dominicana para reunir adeptos en torno al intento del Presidente Grant por anexionar el país— pone en su libro grandes trozos de historia romantizada, entre los que figura la de Anacaona, que en gran medida retoma la perspectiva de Washington Irving, por más que asegure que a él se la narró una mujer de Santo Domingo. Tiene materiales sobre la situación política contemporánea (incluyendo una entrevista con el Presidente Báez); extensos comentarios sobre el avance de las negociaciones; relatos de sus viajes por todo el país; y una breve historia del mismo. Sin embargo, y de manera sorprendente, alrededor de una cuarta parte del libro se dedica a la repetición de las historias del primer contacto entre los españoles y los indígenas, entre las que figuran la narración de la fundación de Santo Domingo gracias al trágico amor de Zameaca (Catalina) por el fugitivo Miguel Díaz, e —inevitablemente— el relato de la emboscada y el asesinato de Anacaona por Ovando.¹⁷

vicarias. Una sociedad flácida y neurasténica parecía requerir de tónicos exóticos, debido a que el heroísmo en casa era escaso. Para las personas que sentían con agudeza que el agotamiento de las fronteras les imponía límites, volvió a surgir el indio norteamericano como fuente de revigorización nacional... Hacia 1880, y conforme los días de los 'hombres de la frontera' se iban desvaneciendo rápidamente, la estatura heroica del 'traedor de bendiciones' pasó, durante algún tiempo, al explorador científico —el naturalista y el etnólogo. Por consiguiente, la etnología del salvaje de esos años era, potencialmente, algo más que la recolección de curiosidades, ya que el etnólogo ofrecía la dádiva de una cosmología aborigen y romántica, a un pueblo endurecido y desencantado" (Hinsley, 1981, pp. 190-191).

¹⁷ Sobre los antecedentes políticos de la visita de Keim, véase Tanshill, 1938, p. 370.

Al igual que Keim, a todo lo largo de *The Last of the Arawaks* Ober vuelve a contar —principalmente a través de las voces de Henry Garland y Arthur Strong— la historia temprana del conflicto cultural en Santo Domingo, desde el primer contacto de Colón con Guacana-ragi, la destrucción de La Navidad, la fundación de Isabela, las primeras aventuras hacia el interior, la captura de Caonabo por parte de Ojeda, la fundación de Santo Domingo, la rebelión de Guarionex, las visitas de Bartolomé Colón a Xaraguá, hasta el traicionero ataque de Ovando a los caciques del Oeste y su ejecución de Anacaona. Este último incidente, al que generalmente se considera como uno de los asesinatos más a sangre fría en el que, de todas formas, fue un período bañado en sangre, es especialmente importante por la resonancia que les da al nombre y a la figura de la heroína ficticia de Ober. La Anacaona original tiene muchas manifestaciones en la historiografía y la leyenda coloniales. Lo que resulta importante recalcar aquí es que Washington Irving presentó a Anacaona (a través de su lectura de *De las Casas*) como la *víctima* arquetípica de la brutalidad española, imagen que Ober refleja en su novela, por más que la realidad histórica bien pueda haber sido bastante más complicada, por ser Anacaona más activa y una líder indígena potencialmente poderosa.¹⁸

CINCO

Uno de los rasgos más sorprendentes de la descripción que hace Ober de su Anacaona —ya citado al principio de este trabajo— es el colorido que introduce para hacerla visible a sus lectores. La blancura de su túnica denota su belleza y pureza. El ceñidor dorado y el cintillo de oro en la cabeza tal vez signifiquen las artesanías autóctonas —al igual que lo hace el algodón— por las cuales era famosa Xaraguá; pero también denotan ‘tesoro’, las riquezas ocultas de la isla, enterradas en el centro de ella. Aparte de la oscuridad de los ojos y el cabello, todo lo demás son matices de blanco y de rojo —granada y coral, frente a crema y marfil, esto es, productos de lujo asociados metoní-

¹⁸ Sobre los antecedentes indígenas de Anacaona, véase Sued Badillo, 1985. A la matanza de Xaraguá se la puede considerar como la destrucción de la primera comunidad criolla de las Antillas.

micamente con lo exótico colonial. Se trata de una figura, de un personaje por el que vale la pena luchar.

Conforme llega el desenlace de las escenas finales de la novela, va quedando en claro que el 'encuentro' desembocará en el 'rescate'— en otras palabras, que el modelo básico de la historia es el del romance caballeresco. Existe, sin embargo, una diferencia que es la que marca la obra de Ober como una novela específicamente *colonial*: el 'cautiverio' de la reina no se conocía de antemano —no era ella el objeto inicial de la búsqueda. El objeto es— al igual que en la narración clásica de aventuras —el tesoro, el oro de los arawakos. El interés etnológico aparece pausadamente: primero en los restos óseos de los arahuacos, que pueden tener un valor financiero; luego en el interés por observar a los propios indígenas; y sólo al final, en las postrimerías del libro, al tratar de proteger su futuro rescatándolos del pasado.

Las diversas digresiones históricas que hace Ober ofrecen también lo que equivale a un análisis del escenario dominicano *contemporáneo* en 1899. La ciudad de Santo Domingo, donde empieza la novela, es ciertamente el dominio del Ulises Heureaux de la novela; al igual que en muchos relatos de aventuras, tiene que haber un escape desde lo urbano hacia lo selvático y el pasado. En *The Last of the Arawaks*, una versión de este pasado queda representada por la Vega Real o valle central del Cibao y su antigua capital Santiago de los Caballeros. En la novela, don Alejandro, el anfitrión de los jóvenes, les dice que Santiago "fue el centro de una región que tenía unos cuarenta mil habitantes, principalmente agricultores, y que alguna vez fue un lugar muy importante. En la actualidad está languideciendo por falta de espíritu emprendedor y por el estancamiento de los negocios que ha originado la oposición del presidente al progreso" (p. 191). Aquí, la lógica es la de la ficción. Los héroes estadounidenses tienen que representar el 'progreso'; por consiguiente, antes la isla tiene que carecer de progreso. Ulises Heureaux es el villano de la novela, y, por ende, tiene que obstaculizar el progreso. La situación histórica real era algo más compleja.¹⁹

¹⁹ "Cualesquiera que sean las diferencias ideológicas que se puedan discernir entre las diversas facciones político-militares que, carentes de organizaciones o programas formales, dominaron la vida política después de la independencia, éstas poseían cuando menos algún vínculo con la estructura socioeconómica de la región en la que tenían su base. Así, el fértil valle del Cibao, que

En la novela, esta “Ciudad de los Caballeros” es simbolizada por el afable pero ineficaz don Alejandro Alix, poeta y soñador, así como por el anciano don Pablo Orerotundo, descendiente de uno de los conquistadores originales, que insiste en regalarles a los dos muchachos dos magníficas espadas toledanas que trajeron a la isla sus ancestros cuatrocientos años atrás. En una escena altamente significativa les cuenta su visión —que a la postre se hará realidad— en el sentido de que “uno de ustedes manchará una de ellas con la sangre del tirano o de su emisario” (p. 195). Don Pablo representa el último de los conquistadores, así como lo mejor que éstos trajeron a Santo Domingo, pero está a punto de desaparecer de la escena —del mismo modo que la propia España ha desaparecido de Cuba y de Puerto Rico— y, así, tiene que dejar la derrota del tirano Heureaux en manos de los jóvenes de Nueva Inglaterra. Las espadas pasan a ser un símbolo del traslado del imperio, de la transmisión del poder de la vejez a la juventud, pero no, claro está, sin que se perciban implicaciones de la llegada a la mayoría de edad, de la adquisición de la hombría y del vigor fálico.²⁰ Pero si bien la entrega de las espadas simboliza la expulsión final del decadente Imperio español de sus antiguas colonias antillanas, la forma en que se *trabaja* la novela, es decir, su estructura narrativa y las transiciones que permiten su

contaba con un gran número de fincas tabacaleras en pequeña y mediana escala, relativamente prósperas y que daban sustento a una élite comercial y profesional estable en su centro urbano de Santiago, muchos de cuyos vástagos estudiaban en universidades europeas, tendía a salpicar sus movimientos políticos con conceptos más liberales y democráticos que en el caso del oligopolio de los exportadores de maderas finas de la región noroccidental de los alrededores del puerto de Montecristi, o que en el del grupo oriental de los criadores de ganado. Y sin embargo, incluso la poderosa élite del Cibao, cuyos negocios de exportación sostuvieron la economía del país hasta bien entradas las últimas décadas del siglo XIX, gracias a lo cual lograron que su región llegara a ser políticamente poderosa, siempre tuvo que negociar con los líderes locales cuya preferencia popular se basaba en una aguda percepción de los criollos sobre las realidades políticas y de las idiosincrasias culturales. Y algo muy similar se puede decir respecto a las regiones costeras del sur, socialmente mucho menos estables, que, desde el último cuarto del siglo, cuando se inició la producción de azúcar, comenzaron a desafiar la supremacía del Cibao” (Hoetink, 1986, p. 289). Sobre los antecedentes políticos generales, véanse también Bosch, 1984; Franco, 1981; y Moya Pons, 1992.

²⁰ Esteban, quien hace las veces de mediador a todo lo largo de la novela, le explica a Art que: “Con el fin de lograr que mi Reina me permitiera presentarte a ella, le tuve que informar que eras el embajador de un soberano de lejanas tierras, del *Rey grande de los Estados Unidos*; y que como símbolos de autoridad portabas estas espadas, que se les habían tomado a los españoles, antiguos enemigos de sus ancestros, en combate personal” (pp. 303-304).

finalización, sugiere que España no es en el libro el verdadero antagonista, en ningún sentido significativo.

SEIS

Ninguna novela romántica queda completa sin la derrota de un villano. En *The Last of the Arawaks*, ese villano se divide en dos mitades: Ulises Heureaux es el antagonista del cónsul, el 'villano' político que obstaculiza el progreso de su país, el cual se lograría mediante una colaboración más estrecha con Estados Unidos. Aun cuando el Cónsul proporciona la concienciación adulta a través de la cual se media la novela, la trama llega a su clímax muy lejos de Santo Domingo. Sin embargo, ya desde el principio de la narración Ober le ha buscado a Lilís una figura afín, "el Diablo Colorado", un anciano monstruoso que vive en el interior y que amenazará a Anacaona hacia el final del libro, antes de morir en un combate mano a mano con el héroe, Arthur. Por consiguiente, esta muerte del 'diablo rojo' es el equivalente, dentro de la ficción, del homicidio del propio Heureaux, quien en el transcurso de la novela es asesinado —como lo fue en la vida real, por parte de miembros de la burguesía de los terratenientes, comerciantes y financieros que se había solidificado durante su régimen y que deseaban ver que su nuevo estatus se tradujera en poder político; una burguesía cuyo desarrollo había fomentado Heureaux a través del sofocamiento, salvaje pero efectivo, de la disensión y los disturbios. Pero lo irónico del proceso fue, como lo ha señalado Harry Hoetink, que Heureaux se convirtió en muchos aspectos en un anacronismo dentro de una sociedad que había sido moldeada bajo su protección.²¹

La identificación ideológica de Ober con esta "creciente burguesía" —el grupo que más interesado se hallaba en sostener vínculos financieros y comerciales más estrechos con Estados Unidos— queda sugerida en el retrato que hace de Lilís. Ya al inicio del libro, Garland les ha informado a los muchachos sobre algunos de los rumores que circulan acerca de Heureaux:

²¹ Hoetink, 1986, pp. 296-298.

“Fíjense”, agregó bajando la voz y mirando a su alrededor para cerciorarse de que no le oyera algún transeúnte, “que dicen que Lilí practica el vudú. Es decir, que a veces se va a las montañas de Haití y se sienta en el altar de la serpiente. La adoración de la serpiente africana fue traída aquí por los esclavos negros, y junto con ella la costumbre de comer carne humana, esto es, del canibalismo. Ahora bien, yo no digo que su Excelencia llegue a tales extremos en su devoción por el vudú; pero hay quienes declaran que no se atreverían a confiar en él” (p. 95).

Cuando Arthur le salva la vida a uno de los espías de Heureaux, el testimonio de este hombre acerca de “el Diablo Colorado” sirve para confirmar la relación que existe entre esos dos: “No se le puede esquivar, y no se va a dejar sobornar. Es el asesor de Lilí, su ‘papa-lois’, ¿sabe usted?”, expresión que Garland se encarga de glosar para que los muchachos (y los lectores) la entiendan: “Bueno, sí, su asesor espiritual, podríamos llamarlo, un gran sacerdote del vudú” (p. 132).²² Por lo tanto, el *papa-lois* hace las veces del doble de Heureaux y asocia a éste con Haití, con el vudú, con Africa y con lo negro.²³ Al hablar de Santiago de los Caballeros, varios años más tarde, de su fundación por los hidalgos y de cómo fueron desplazados por “hijos de gente común”, Ober escribiría lo siguiente: “Y sin embargo, más triste es el hecho de que los descendientes de estos denodados conquistadores, quienes a pesar de sus crueldades se habían ganado un galardón de admiración por su valentía y resitencia inquebrantable, ¡hayan quedado sujetos durante muchos años a la raza inferior! (1904a, p. 183); y llamaba a Heureaux “uno de los más famosos, y en

²² Tal como lo señaló Ober posteriormente: “Existe una creencia demasiado profunda en el poder casi sobrenatural del *papa-lois* y de la *maman-lois* (el gran sacerdote y la gran sacerdotisa del vudú); y el horror que inspira la terrible *loup-garou* —la hiena humana que secuestra niños, los entierra vivos, y luego los hace resucitar para los sacrificios— es demasiado penetrante y real, como para permitir que quienes tienen que vivir en Haití lo nieguen y soporten males que no pueden remediar” (1904a, p. 166). La asociación con el vudú es el único motivo que se ofrece en *The Last of the Arawaks* para el comportamiento de Heureaux, rareza a la cual el propio Ober llama la atención (p. 84).

²³ Tal como el propio Heureaux parece haber captado perfectamente, la estratificación social dominicana se cristalizó hacia finales del siglo en un sistema más rígido que antes, especialmente en lo concerniente al color de la piel: “Mucho más que antes, los rasgos negroides pasaron a ser un obstáculo para la movilidad del individuo” (Hoetink, 1986, p. 296). Un buen número de las anécdotas que circulaban sobre la legendaria agudeza verbal de Heureaux, guardaban relación con sus comentarios sobre el color; véanse Castro, 1919 y Berges Bordas, 1921.

todos sentidos el mayor, de estos usurpadores con sangre negra en sus venas" (p. 184).²⁴

Anacaona sobrevive, aunque sólo sea como símbolo, más allá de la gama de estas complejidades políticas, y santificada por los incuestionados reclamos que los aborígenes hacían sobre la tierra. Anacaona le ofrece a Ober dos características principales. Para empezar, responde al ideal antropológico del indio al que no ha tocado la presencia blanca, ideal que motivó buena parte del trabajo etnológico estadounidense durante la segunda mitad del siglo XIX, y que iba a encontrar su apoteosis equívoca en los momentos en que Ishi, el último de los yahi, abandonó las montañas del norte de California en 1911.²⁵ Con el fin de acomodarse a ese ideal, Anacaona tiene que ser alejada de la realidad percibida de una identidad amerindia en las Antillas, en esta época en que una nación aborígen se ve manchada a través de su asociación con africanos. El aislamiento de la comunidad de Anacaona le sirvió para protegerla, tanto contra la mezcla de su raza con la de los africanos, como contra su exterminio en mano de los españoles. En la descripción que discutí antes, su cabello y sus ojos, representados sin referencia al color de la piel, resultaban ser regiones aceptables de su físico. Este desplazamiento, como ocurre a menudo, deja su huella en la negación que lo sustenta ("su piel no era oscura"). Se trata precisamente de la maniobra retórica a la que recurre Defoe con el fin de establecer la 'calidad de caribe' de Viernes en su obra *Robinson Crusoe*.²⁶ Este blanqueamiento

²⁴ Cf. "La causa fundamental de las condiciones de anarquía, inquietud y disturbios civiles que han existido casi continuamente desde la liberación de la República Dominicana de Haití en 1844 y hasta la ocupación militar norteamericana en 1916, se deben atribuir a los años de dominación haitiana. Durante los años en que a otras repúblicas latinoamericanas se les ofreció la oportunidad de aprender a gobernarse a sí mismas, Santo Domingo estuvo postrado bajo el dominio de una tiranía que tenía por principal objetivo no solamente la erradicación de la raza caucásica, sino también la extinción de todos los fundamentos de la cultura y civilización europeas, sobre los cuales se han construido las instituciones del mundo americano" (Welles, 1928, p. 901).

²⁵ Véase Heizer y Kroeber, eds., 1989.

²⁶ "Era un tipo muy bien parecido, de hechura perfecta; poseía extremidades largas y fuertes, mas no demasiado gruesas; alto, bien formado y, según calculo, de unos veintiséis años de edad. Tenía muy buen semblante, que no un aspecto feroz y arisco; empero, parecía haber algo muy masculino en su cara, sin que dejara de poseer también toda la dulzura y suavidad de un europeo en su semblante, especialmente cuando sonreía. Su cabello era largo y negro, mas no rizado como la lana; su frente era muy alta y amplia, y había en sus ojos una gran vivacidad y centelleante agudeza. El color de su piel no era del todo negro, sino muy tostado; pero no se trataba de un atezado feo, amarillento y nauseabundo, como en el caso de los brasileños y de los virginianos, y

de la población corresponde a la autoimagen de la burguesía nacionalista que tan fácilmente había adoptado a Enriquillo como héroe nacional, según la versión novelística de Manuel Galván.²⁷

Además, Anacaona puede llegar a simbolizar a su país, si se tiene en cuenta la supuesta pasividad de los taínos, cuyas mejores cualidades ella encarna. La pretendida exterminación total de los arahuacos de La Española, Cuba, Jamaica, Puerto Rico y las Bahamas, fue lo que dió pie a su imagen de inofensivos e incapaces de oponer resistencia, por lo que se les codificó como esencialmente víctimas 'femeninas', primero de los rapaces caribes, y después de los poderosos españoles. Ésta ha sido la imagen antropológica que ha prevalecido, a pesar de las evidencias de una gran resistencia de los taínos ante los invasores españoles. La Anacaona original fue la hermana y la viuda de dos guerreros, pero en la narración que nos ocupa, su homónima se halla rodeada por un séquito de doncellas, rescatándola así no sólo de las sórdidas realidades de La Española del siglo XVI, sino también de las relaciones familiares que hubieran empañado su capacidad para alzarse como símbolo de la isla.²⁸ Hay aquí un problema, pues si los taínos han sobrevivido desde, digamos, 1550 hasta 1899, deben haberse reproducido con cierto éxito; pero, no hay en la narración hombres nativos que sean algo más que sombras ("una turba de indios, principalmente mujeres" [p. 348] es la única sugerencia de una presencia masculina). A través de la perspectiva lascasiana que

de otros nativos de América, sino de una especie de color aceitunado brillante, que tenía en él algo de agradable, aunque no sea muy fácil de describir. Tenía la cara redonda y llena; la nariz pequeña, no achatada como las de los negros; una muy buena boca, labios delgados y sus magníficos dientes muy regulares, y blancos como el marfil" (Defoe, 1975, p. 160).

²⁷ Galván, 1976: cf. Sommer, 1983. Aun cuando estos encuentros entre culturas son frecuentemente románticos, Anacaona y Art no están destinados a casarse. El efecto que ejerce sobre Art la belleza de Anacaona podría parecer que la hace idónea, por más que su estatus pudiese sugerir que tal romance no sería apropiado. Y lo más importante, tal vez, es que tal unión sacaría a relucir también la conflictiva cuestión de la mezcla de razas, en especial porque si la población indígena ha de quedar 'purificada', ello habrá de ocurrir únicamente a través del trabajo de la novela. En *Under the Cuban Flag*, el Mayor puede casarse con Hortensia, puesto que "cubano de la clase alta" equivale a "latino", y también a "blanco". Sin embargo, la presencia en esta novela de los dos 'mestizos' (mitad indios, mitad africanos), Juanita y Felipe, sugiere las dificultades que tal mezcla le plantea a Ober: en Juanita predomina la mitad india y ella mantiene sus vínculos con la comunidad oculta en las montañas; Felipe, en cambio, es el antagonista secreto de todas las aspiraciones (sin que al parecer abogue por nada).

²⁸ Ober invirtió la relación al presentar a Anacaona como hermana de Caonabo y esposa de Behechio (p. 317), error que rectifica en la novela posterior, *The War Chiefs* (1904).

adoptó Ober, Anacaona se convierte —al igual que su antecesora del mismo nombre— en el modelo de la hospitalidad, la belleza y el refinamiento inocentes. Una imagen “femenina” de la sociedad que requiere que un caballero errante la proteja contra las brutalidades de un déspota interno (pero, obsérvese, “extranjero”); imagen que resulta atractiva para una potencia que quisiera llegar a ser imperial.

Los arahuacos son los “últimos” de su raza y, por consiguiente, quizás ya hayan previsto el destino ficticio que le esperaba a Uncas, pero sobreviven a Lilís, de la misma manera que sobrevivieron a los conquistadores, para convertirse en emblemas del espíritu del propio Santo Domingo y en el objeto complaciente del programa estadounidense para la civilización de las Antillas.²⁹ Tras enterarse de la muerte de Heureaux, Arthur ofrece una visión del futuro:

A mí me parece que nuestro deber está aquí mismo —por algunos meses, o tal vez años, de todas formas. Por lo poco que he visto de esta gente he quedado convencido de su bondad, de su inocencia— y no sólo de esto, sino de su desamparo. No es probable que puedan permanecer aquí mucho más tiempo sin ser descubiertos; y cualquiera que sea la forma de gobierno que llegue a tener este país en el futuro, poca duda cabe de que si lograra apoderarse de su tesoro y de sus tierras, ya jamás los devolvería. En cuanto al tesoro, propongo que lo guardemos como fiduciarios, para el bien de la Reina Anacaona y de su pueblo. Lo primero que haremos, una vez que haya un gobierno estable, será comprar todas las tierras que abarcan los dos valles, poniéndolas a nombre de la Reina; y luego tomaremos otra parte del tesoro para la ilustración de sus súbditos; les daremos escuelas, libros, educación; les enseñaremos oficios y, en general, los elevaremos en la escala de la civilización (p. 358).

Anacaona se muestra casi perturbadoramente dispuesta a acceder a todo ello. Después de haberla salvado Arthur de “El Diablo Colora-

²⁹ La geografía —tan importante para la forma en que de manera muy específica ambos libros se ocupan de las Antillas contemporáneas— también toma su venganza. Para el proyecto ideológico de *The Last of the Arawaks*, Anacaona tiene que representar al país de la República Dominicana, o Santo Domingo, como a menudo se lo llama y el cual, para Ober, existe como contraste a su vecino Haití, que es la fuente de las fuerzas extrañas que amenazan su progreso. Desafortunadamente, a Anacaona se la asocia geográficamente con Xaraguá, que es la parte suroccidental de la isla Española y que se halla firmemente enclavada en el Haití del siglo 19. De hecho, el pueblo de Anacaona —lugar de la infame matanza cometida por Ovando— probablemente se encuentra cerca de la actual ciudad de Puerto Príncipe; y Anacaona ha pasado a ser un personaje importante en la literatura haitiana (Hoffmann, s.f.).

do”, “aquél sintió una suave caricia en su mejilla, y luego la Reina le tomó la mano y la apretó contra los labios de Arthur. ‘De aquí en adelante soy tu sirvienta’, le susurró. ‘Mi vida es tuya, pues la has salvado. ¡Y también mis gentes serán siempre tus esclavos!’” (p. 345). Pensándolo bien, la palabra “esclavos” no es quizás la manera más diplomática de describir la nueva relación que se prevé entre los dos países, de modo que la Reina da su asentimiento final a las propuestas de Arthur con las palabras ligeramente más matizadas con las que termina el libro: “Me complace que se queden para siempre, con tal de que estén contentos, puesto que me han salvado la vida. Yo y mi pueblo los consideramos como enviados del Cielo, para que nos enseñen a vivir lo mejor que podamos” (p. 359).³⁰ Tanto *Under the Cuban Flag* como *The Last of the Arawaks* penetran los centros autóctonos de sus respectivas islas antillanas, fortalezas montañosas cuyos secretos han resistido a los españoles durante cuatrocientos años, del mismo modo que los han resistido más recientemente tanto los rebeldes cubanos como aquellos africanos “hijos de nadie”, manteniendo su pureza, al igual que las vírgenes de los romances caballescicos, hasta que llega el pretendiente adecuado, el caballero blanco del Norte, para seducirlas gentilmente y ver que se introduzcan a la corriente principal de la civilización occidental.

SIETE

Para terminar, permítaseme sugerir algunas formas en que este material, decididamente obscuro, puede tener una importancia más amplia. El trabajo de Ober, en general, nos ofrece una perspectiva privilegiada desde la cual podemos observar el desarrollo de la antropología en las Antillas, que asumió su forma paradigmática e imperial poco tiempo después de la invasión estadounidense a Cuba y Puerto Rico, en 1898. Cuando Ober inició sus estudios etnográficos de los caribes en la década de 1870, poco era el apoyo oficial con que contaba: la Smithsonian Institution ciertamente se hallaba interesada en adquirir colecciones de antigüedades para el Museo Nacional,

³⁰ El gesto de esclavitud voluntaria por parte de Anacaona es una repetición del que tuvo Viernes para con Robinson Crusoe (véase Hulme, 1986, p. 205). “Mandados por el cielo” es uno de los tópicos más antiguos del discurso colonial.

pero no le interesaba saber nada de la población indígena contemporánea de las islas. Durante ese período, la antropología estadounidense tendía a centrarse en el Suroeste —pues allí los indios, según se afirmaba, habían permanecido relativamente ‘no tocados’ por la civilización blanca y, por ende, su cultura se podía estudiar en su forma ‘original’, en tanto que en las Antillas, conforme a la narración del propio Ober, los caribes eran *distintos* de lo que alguna vez habían sido, y la muestra más clara de esto es que habían perdido su lengua. Tal como lo expresa Ober, han sido “civilizados de tal modo que casi han dejado de existir” (1879b): ya no eran los caníbales que habían aterrorizado a toda el área de las Antillas en el siglo XVI. En particular, sin embargo, Ober pensaba ver en las Antillas lo mismo que había visto en la Florida, donde los seminoles habían quedado —y éstas son sus palabras— contaminados por la maldición del negro. Mucha tinta ha corrido sobre la cuestión de la procedencia de la población indígena de las Antillas, y algo menos sobre la quizás igualmente interesante pregunta acerca de la procedencia de los antropólogos que la describen. Ober ve a los caribes a través del lente de las relaciones raciales que priman en los Estados Unidos, donde se consideraba que cualquier mezcla de ‘sangre negra’ destruía por igual la ‘pureza’ de las razas blanca y roja. Así pues, cuando la antropología estadounidense siguió el rumbo del imperio, se puso a trabajar a arqueólogos y coleccionistas en Cuba y en otras islas, no a los etnólogos: los artículos fundacionales de los primeros años del siglo se titulaban “Puerto Rico *prehistórico*” y “Cuba... *prehistórica*”, clausurando así a la población indígena de las islas en el oscuro mundo de la ‘prehistoria’, en el que en gran medida han permanecido.³¹ La antropología antillana posterior, dominada por el modelo de la secuencia de la cerámica que se estableció en Yale, nada ha tenido que decir acerca de los caribes contemporáneos, y muy poco sobre los caribes durante los años que siguieron a 1492. Este silencio parece ser del agrado de casi todo el mundo. Para los historiadores españoles, la población indígena de las Antillas era demasiado débil e inferior como para que sobreviviera a su ‘descubrimiento’; para los historiadores ingleses y estadounidenses, la desaparición de la población indígena proporcionó las pruebas de la barbarie española, que de-

³¹ Fewkes, 1902 y 1904.

mostraban que España no era idónea como potencia colonial. En su mayoría, los historiadores afroantillanos han heredado incuestionablemente una de estas dos posturas históricas, y luego se han centrado en las poblaciones antillanas de ascendencia africana.

Considerando la prolongada presencia europea en las islas del Caribe, y el acuerdo generalizado que existe en cuanto al rápido exterminio de la población taína de las Grandes Antillas, las invenciones novelísticas de Ober podrían parecer totalmente quiméricas.³² Sin embargo, debe recordarse que un informe sobre “indios salvajes” que todavía vivían en las montañas del oriente de Cuba bastó para que un antropólogo de la Universidad de Pennsylvania partiera a toda prisa hacia Cuba en 1901. Tal vez no haya encontrado indios lo suficientemente “salvajes” como para satisfacer su curiosidad, pero lo que sí es cierto es que se tomó en serio dicho informe; después de todo, en una fecha tan tardía como 1845 se había presentado ante la Real Audiencia una protesta de gran magnitud de parte de los indios que defendían sus tierras en el Oriente de Cuba. De igual manera, y hace relativamente pocos años, salió a relucir que en la isla de Guadalupe existió una reserva de caribes hasta el año de 1884 (véase el mapa que se reproduce en Lasserre, 1961, vol. I, p. 269). A pesar de que la desaparición rápida y total de los pobladores amerindios de casi todas las Antillas se ha aceptado de manera convencional y general, existe una vena persistente de evidencias de la *sobrevivencia* amerindia a todo lo largo del siglo XIX y hasta principios del XX.³³

Aquí, el problema radica en que cuando se han realizado trabajos etnográficos relativos a la población indígena de las Antillas modernas, éstos han tendido a funcionar con el modelo ahistórico de la supervivencia cultural, en virtud de la cual se considera que el cociente de la cultura indígena ha disminuído inevitablemente conforme cre-

³² Se sugiere una combadura del tiempo, en la que los taínos han sobrevivido, aun cuando a los relatos de Esteban de que su abuelo fue uno de los marineros de *La Niña*, a la postre se los tacha de “cuentos descabellados” (p. 351). La ausencia de personas ancianas en el valle ciertamente sugiere una especie de utopía en la cual los sobrevivientes taínos quedaron congelados en las condiciones prevaletientes en el momento de su retirada, fuera de la historia (cf. Fabian, 1983).

³³ Para la expedición a Cuba que partió de Filadelfia, véase Culin, 1902; para evidencias sobre la reservación de Guadalupe, véase el mapa que se reproduce en Lasserre, 1961, Vol. I, p. 269; para la protesta de 1846 en Cuba, véase Pichardo Moya, 1945, p. 35. Claro está que buena parte de todo ello depende de las definiciones de la “calidad de indio”: véase Barreiro, 1989.

cía la inmigración, diluyendo así una pureza original, hasta tal punto que sus características ya no eran discernibles. Aun cuando científicamente desacreditado, el lenguaje de raza sigue dominando los conceptos populares de diferencia cultural y, por consiguiente, ha ejercido sus efectos sobre los debates políticos contemporáneos. Incluso en los lugares donde se reconoce una presencia indígena —como en el caso de la isla Dominica—, su historia se cuenta por completo dentro de una narrativa de degeneración y pérdida, lo cual es simplemente otra manera de negarse a reconocer la complejidad de su historia. El concepto fundamentalmente racista de Ober de la ‘pureza’ de la Anacaona que encontró su héroe arturiano bien podría, paradójicamente, instarnos a tomar en consideración, de una manera más precisa, una de las historias aún no narradas de las Antillas: la transculturación de los pueblos indígenas con los africanos. Esto constituye la ruta a través de la cual sobrevivió una buena parte de la original cultura caribeña hasta llegar a nuestro ‘período entre imperios’, aunque sea difícil por ahora interpretar las huellas que ha dejado.

REFERENCIAS

- ANTELYES, Peter, *Tales of Adventurous Enterprise: Washington Irving and the Poetics of Western Expansion*. New York: Columbia University Press, 1990.
- ARROM, José Juan, “Mitos taínos en las letras de Cuba, Santo Domingo y México”, en *Certidumbre de América: estudios de letras, folklore y cultura*. Havana: Editorial Letras Cubanas, 1980, 56-73.
- ATWOOD, Thomas, *The History of Dominica*. London: J. Johnson, 1791.
- BARREIRO, José, “Indians in Cuba”, *Cultural Survival Quarterly*, 13(3): 1989, 56-60.
- BERGES BORDAS, Gustavo E., *Otras cosas de Liliís*. Santo Domingo: Imprenta Montalvo, 1921.
- BERKHOFER, Robert F. Jr., *The White Man’s Indian: Images of the American Indian from Columbus to the Present*. New York: Alfred A. Knopf, 1978.

- BLEILER, Everett F., *Science-Fiction: The Early Years*. Kent, Ohio: The Kent State University Press, 1990.
- BOSCH, Juan, *Composición social dominicana*. 14^{ta}. ed., Santo Domingo: Alfa y Omega, 1984.
- CASTRO, Victor M. de, *Cosas de Lilís*, Santo Domingo: Imprenta "Cuna de América", 1919.
- CRUXENT, José Maria, "The Origin of La Isabela: First Spanish Colony in the New World", en *Columbian Consequences: Vol. 2 : Archeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East*, ed. David Hurst Thomas. Washington: Smithsonian Institution Press, 1991, 251-259.
- CULIN, Stewart, "The Indians of Cuba", *Bulletin of the Free Museum of Science and Arts*. University of Pennsylvania, Philadelphia, III, 4, 1902, 185-226.
- DEFOE, Daniel, *Robinson Crusoe* [1719]. New York: W.W. Norton & Company, 1975.
- DIPPIE, Brian W., *The Vanishing American: White Attitudes and U.S. Indian Policy*, Lawrence: University Press of Kansas, 1982.
- FABIAN, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*. New York: Columbia University Press, 1983.
- FEWKES, J. Walter, "Prehistoric Puerto Rico", *Proceedings of the American Association for the Advancement of Science*. LI, 1902, 487-512.
- _____, "Prehistoric Culture of Cuba", *American Anthropologist*. n.s. VI, 4: 1904, 535-538.
- FRANCO, Franklin J., *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*. Santo Domingo: Editora Nacional, 1981.
- GALVÁN, Manuel de Jesús, *Enriquillo: leyenda histórica dominicana* [1882]. Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- GARCÍA ARÉVALO, Manuel, *Indigenismo, arqueología e identidad nacional*. Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano & Fundación García Arévalo, Inc, 1988.
- HARRINGTON, Mark Raymond, *Cuba Before Columbus*. New York: Museum of the American Indian Heye Foundation, 1921, 2 vols.
- HEIZER, Robert F. and Theodora KROEBER, (eds.), *Ishi the Last Yahi: A Documentary History*. Berkeley: University of California Press, 1979.

- HENKIN, Leo J., *Darwinism in the English Novel, 1860-1910: The Impact of Evolution on Victorian Fiction* [1940]. New York: Russell & Russell Inc, 1963.
- HENRIQUEZ UREÑA, Max, *Panorama histórico de la literatura cubana*, New York: Las Americas Publishing Co., 1963, 2 vols.
- HENRY, Joseph, *Letter to Frederick Albion Ober* (12 June). Smithsonian Institution Archives: Secretary, Outgoing Correspondence, vol. 56, 1877.
- HENTY, George M. , *Under Drake's Flag: A Tale of the Spanish Main* [1883]. New York: The F.M. Lupton Publishing Co., n.d.
- HINSLEY, Curtis M. Jr., *Savages and Scientists: The Smithsonian Institution and the Development of American Anthropology 1846-1910*. Smithsonian Institution Press: Washington, D.C, 1981.
- HOETINK, Harry, "The Dominican Republic", in Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*. vol. 5: c. 1870-1930, Cambridge: Cambridge University Press: 00-00, 1986.
- HOFFMAN, Léon-François, "L'Élément indien dans la conscience collective des Haïtiens", n.d.
- HULME, Peter, *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. London: Methuen, 1986.
- _____, "The Rhetoric of Description: the Amerindians of the Caribbean within Modern European Discourse", *Caribbean Studies*. 23, nos 3-4, 1990, 35-50.
- _____, *Elegy For A Dying Race: The Caribs and Their Visitors*, "Discovering the Americas" 1992 Lecture Series, Working Paper no. 14, College Park: Department of Spanish and Portuguese, University of Maryland, 1993.
- HULME, Peter and Neil L. WHITEHEAD, ed., *Wild Majesty: Encounters with Caribs from Columbus to the Present Day*. Oxford: Clarendon Press, 1992.
- IRVING, Washington, *The Life and Voyages of Christopher Columbus* [1828]. ed. John Harmon McElroy [The Complete Works of Washington Irving, vol. XI], Boston: [pub], 1981.
- JACKSON, Helen Hunt, *Ramona* [1884]. New York: Signet Classic, 1988.

-
- JOHNSON, Deidre, *Edward Stratemeyer and the Stratemeyer Syndicate*. New York: Twayne, 1993.
- KEIM, DeB. Randolph, *San Domingo. Pen Pictures and Leaves of Travel, Romance and History, from the Portfolio of a Correspondent in the American Tropics*. Philadelphia: Claxton, Remsen & Haffelfinger, 1870.
- LASSERRE, Guy, *La Guadeloupe: Etude géographique*. Bordeaux: Union Française d'Impression, 1961, 2 vols.
- MITCHELL, Lee Clark, *Witnesses to a Vanishing America: The Nineteenth-Century Response*. Princeton: Princeton University Press, 1981.
- MOYA PONS, Frank, *Manual de historia dominicana*. 9th ed., Santo Domingo, Caribbean Publishers, 1992.
- NERLICH, Michael, *Ideology of Adventure: Studies in Modern Consciousness, 1100-1750*. , Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989, 2 vols.
- OBER, Frederick A., "Comparative Vocabulary" [of the Carib language on Dominica and St Vincent]. Smithsonian Institution National Anthropological Archives, Washington. Catalogue of manuscripts, no. 1084, 1877.
- _____, "Ornithological Exploration of the Caribbee Islands", *Annual Report of the Smithsonian Institution for 1878*. Washington: Government Printing Office, 1879a, 446-451.
- _____, *Camps in the Caribbees: The Adventures of a Naturalist in the Lesser Antilles*. Boston: Lee & Shepard, 1879b.
- _____, *Young Folks' History of Mexico*. Boston: Estes & Lauriat, 1883.
- _____, *Travels in Mexico and Life among the Mexicans*. Boston: Estes & Lauriat, 1884.
- _____, *The Knockabout Club on the Spanish Main*. Boston: Estes & Lauriat, 1891.
- _____, *The Knockabout Club in Search of Treasure*. Boston: Estes & Lauriat, 1892.
- _____, *In the Wake of Columbus. Adventures of a Special Commissioner Sent by World's Columbian Exposition to the West Indies*. Boston: D. Lothrop Company, 1893.

-
- _____, "Aborigines of the West Indies", *Proceedings of the American Antiquarian Society*. n.s. 9: 1894, 270-313.
- _____, *Under the Cuban Flag, or the Cacique's Treasure*, Boston: Estes & Lauriat, 1897.
- _____, *Crusoe's Island: A Bird-Hunter's Story*. New York: D. Appleton and Company, 1898.
- _____, "The Late President of Santo Domingo", *The Independent*. LI, no. 2655 (October 19): 1899, 2821-2824.
- _____, *The Last of the Arawaks: A Story of Adventure on the Island of San Domingo*. Boston and Chicago: W.A. Wilde and Company, 1901.
- _____, *A Voyage with Columbus: A Story of Two Boys who Sailed with the Great Admiral in 1492*. New York: A.L. Burt Company, 1903.
- _____, *Our West Indian Neighbors: The Islands of the Caribbean Sea. "America's Mediterranean"*, New York: J. Pott & Company, 1904a.
- _____, *The War Chiefs: A Story of the Spanish Conquerors in Santo Domingo*. New York: E.P. Dutton and Company, 1904b.
- _____, *With Osceola in Florida: Being the Adventures of Two Boys in the Seminole War in 1835*. New York: A. L. Burt Company, 1908a.
- _____, *A Guide to the West Indies and Bermudas*. New York: Dodd, Mead & Company, 1908b.
- _____, "En la estela de Colón", en *Relaciones geográficas de Santo Domingo*. ed. E. Rodríguez Demorizi, Santo Domingo: Editorial Taller, II: 1977, 145-274.
- _____, "F.A. Ober, the Renowned Traveler and South American Explorer, on the Rosenthal Method", in Richard S. Rosenthal, *Revolution in the Study and Teaching of Languages*. New York: Funk & Wagnalls Company: 21-2, n.d.
- ORTIZ, Fernando, *Historia de arqueología indocubana*. Havana: Imprenta "Siglo XX", 1922.
- PICHARDO, MOYA Felipe, *Los indios de Cuba en sus tiempos históricos*. Havana: "El Sigo XX", 1945.
- POEY, Andrés, "Cuban Antiquities. A Brief Description of Some Relics Found in the Island of Cuba", *Transactions of the American Ethnological Society*, III (Part 1): 1851, 185-202.

- RAT, Joseph Numa, "The Carib Language as now Spoken in Dominica, West Indies", *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*. 27 (February): 1897, 293-315
- RIVERO DE LA CALLE, Manuel, comp., *Actas: Sociedad antropológica de la isla de Cuba*. Havana: Comisión Nacional de la UNESCO, 1966.
- SANG, Mu-Kien A., *Ulises Heureaux: biografía de un dictador*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1987.
- SCHULMAN, Ivan A., "Social Exorcisms: Cuba's (Post) Colonial (Counter) Discourses", *Hispania*, 1992, 75: 941-949.
- SOMMER, Doris, *One Master for Another: Populism in the Dominican Novel*. University Press of America: Lanham, 1983.
- STREET, Brian, *The Savage in Literature: Representations of 'Primitive' Society in English Fiction 1858-1920*. London: Routledge & Kegan Paul, 1975.
- SUED BADILLO, Jalil, *Los Caribes: ¿realidad o fábula?*. Río Piedras: Editorial Antillana, 1978.
- _____, "Las cacicas indoantillanas", *RICP*, 87: 1985, 17-26.
- TANSHILL, Charles Callan, *The United States and Santo Domingo, 1798-1873: A Chapter in Caribbean Diplomacy*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1938.
- TAYLOR, Douglas, 'The Caribs of Dominica', *Bureau of American Ethnology, Bulletin 119, Anthropological Papers no. 3*. Washington: Smithsonian Institution, 1938.
- TINSLEY, Jim Bob, *The Florida Panther*. St. Petersburg: Great Outdoors Publishing Co, 1970.
- TUCK, Robert G., Jr., and Jerry David HARDY, Jr., "Status of the Ober Tobago Collection, Smithsonian Institution, and the proper Allocation of *Amiva suranamensis tobaganus* Cope (Sauria: Teiidae)", *Proceedings of the Biological Society of Washington*. vol. 86, no. 19, 1973, 231-242.
- WELLES, Sumner, *Naboth's Vineyard: The Dominican Republic 1844-1924*. New York: Payson & Clarke Ltd, 1928, 2 vols.

APÉNDICE

FREDERICK ALBION OBER (1849-1913):
BREVE ESBOZO DE SU VIDA Y OBRA

Desde su fallecimiento en 1913, nadie ha mostrado demasiado interés por Frederick Albion Ober, ni por sus trabajos literarios. Su obra *A Guide to the West Indies* (1908b) fue reimpressa en 1920; y sus adiciones al volumen de Brantz Mayer de la popular serie "Historia de las Naciones" (*México, Centro América y las Antillas*) fueron reimpresas varias veces entre 1916 y 1939. Los únicos escritos suyos que posteriormente se han reeditado han sido un artículo de su primera época sobre la pantera de la Florida (Tinsley, 1907) y algunas selecciones de su primer libro, *Camps in the Caribbees*, recientemente reproducidas en una antología de trabajos literarios sobre los caribes autóctonos (Hulme y Whitehead, eds., 1992). La única traducción existente es, al parecer, una versión parcial al español de *In the Wake of Columbus* [*En la estela de Colón*] publicada en la República Dominicana (Ober, 1977).

La literatura secundaria es igualmente escasa. Aparte de una serie de reseñas contemporáneas desperdigadas, parece ser que únicamente hay dos piezas de literatura secundaria: un estudio de dos herpetólogos norteamericanos titulado "Status of the Ober Tobago Collection, Smithsonian Institution, and the proper Allocation of *Amiva suranamensis tobaganus* Cope (Sauria: Teiidae)" (Tuck and Hardy, 1973), y una nota bibliográfica en un libro que se titula *Science-Fiction: The Early Years* (Bleiler, 1990, pp. 567-569). El momento culminante (relativamente hablando) de la fama póstuma de Ober llegó gracias a unas cuantas líneas que le dedicó Douglas Taylor en su importante artículo de 1938, titulado "The Caribs of Dominica", en las que decía que Ober "parece haber sido la primera persona, desde mediados del siglo 18, en mostrar el más mínimo interés por esta tribu isleña y aislada. Vale la pena señalar", prosigue Taylor, "que hoy en día aún lo recuerdan en la Reserva hombres y mujeres que en el momento de su visita no pudieron haber sido más que niños de muy corta edad" (Taylor, 1938, p. 110). Estas breves huellas póstumas de

su vida y obra sugieren, quizás, cuando menos la variedad de los intereses de Ober, si ya no la gama y el volumen de sus hazañas.

Frederick Albion Ober nació en 1849, en Beverly, Massachusetts, dentro de una rama relativamente empobrecida de la familia Ober, que con toda probabilidad eran originalmente hugonotes (Aubert) que se habían trasladado a Inglaterra, y de allí, en la persona de Richard Ober, a Beverly en 1664. Frederick Ober tuvo poca educación formal. A la edad de catorce años aprendió el oficio de zapatero, ocupación tradicional en el invierno entre los pescadores de Beverly; a los dieciocho años trabajaba en una farmacia; a los veintiuno se dedicaba a los negocios junto con su padre. Sin embargo, su pasión era la ornitología. En su época de adolescente aprendió taxidermia por su cuenta; coleccionó y clasificó casi todas las aves de Nueva Inglaterra, y atrajo la atención de Alexander Agassiz, el distinguido biólogo de Harvard.

En 1871, tras el fallecimiento de su primera esposa a los dos meses de haberse casado, Ober abandonó el mundo de los negocios y partió hacia la Florida, en una expedición importante, con el fin de explorar el lago Okeechobee, y escribió una serie de vívidos artículos para *Forest and Stream* y el *Appleton's Journal*. Durante los siguientes veinte años viajó casi constantemente, en especial por el mar Caribe, que atravesó en varias ocasiones, pero también por México, España, el Norte de África y la parte septentrional de Sudamérica. Inicialmente, tuvo grandes dificultades para financiar sus expediciones: nos ha legado una extensa correspondencia referente a la intermitente disposición de la Smithsonian Institution en cuanto a dar apoyo a sus primeros viajes por las Antillas. Al principio, Ober se consideraba a sí mismo un científico: mandaba mucho material a la Smithsonian Institution y hay dos especies de aves que llevan su nombre; a su vez, ese instituto publicó el informe de su primera expedición a las Antillas (Ober, 1879a). Sin embargo, tras el éxito comercial de su libro de viajes, *Camps in the Caribbees: The Adventures of a Naturalist in the Lesser Antilles* (1879b), está claro que a Ober se le ocurrió que podía ganarse mejor la vida como escritor. La historia natural continuó siendo uno de sus intereses, pero amplió sus horizontes y, tras superar ciertos obstáculos, logró forjarse una carrera como escritor de viajes, periodista, conferencista público y novelista. Tras un segundo matrimonio de muy corta duración, contrajo nupcias con Nellie

MacCartny a mediados de la década de 1890 y se estableció para llevar la vida de un respetable hombre de negocios y agente de bienes raíces, en Hackensack, New Jersey, donde murió en 1914.

Durante los treinta años de su vida como escritor, Ober redactó más de cuarenta libros, la mayoría de los cuales se pueden categorizar, *grosso modo*, como 'de viajes', 'de historia' y 'de ficción'. Entre los libros de viajes figuran tres clásicos del género: *Camps in the Caribbees* (1879b), la extensa y bellamente editada obra *Travels in Mexico and Life among the Mexicans* (1884), y el libro que tuvo su origen en el hecho de haber sido nombrado recolector de material relacionado con las Antillas y Colón, para el Cuarto Centenario, *In the Wake of Columbus: Adventures of the Special Commissioner sent by the World's Columbian Exposition to the West Indies* (1893). Hubo también seis libros de la serie 'Knockabout', con títulos tales como *The Knockabout Club on the Spanish Main* (1891) y *The Knockabout Club in Search of Treasure* (1892). Al igual que buena parte de la producción de Ober, todo parece indicar que los lectores a quienes iban dirigidas estas obras eran adolescentes de catorce a veinte años de edad. Aparte de la obra *Young Folks' History of Mexico*, de sus primeros tiempos, los libros de historia de Ober pertenecen a una serie de biografías que escribió para la editorial Harper & Brothers, tomando como asunto a Cortés, Balboa, De Soto, Pizarro, Colón, Magallanes, Vespuccio, los Cabot, Ponce de León y Raleigh. Hay diez novelas que, de manera típica, adoptan el formato de un muchacho o de un par de éstos, que han quedado atrapados en los incidentes históricos, en algún momento: *A Voyage with Columbus: A Story of Two Boys who Sailed with the Great Admiral in 1492* (1903), y *With Osceola in Florida: Being the Adventures of Two Boys in the Seminole War in 1835* (1908a), sugieren cuál era el formato. La mayor parte de estas novelas son históricas en cierto sentido; sin embargo, dos de ellas están situadas en un ambiente antillano contemporáneo: *Under the Cuban Flag, or the Cacique's Treasure* (1897) y *The Last of the Arawaks: A Story of Adventure on the Island of San Domingo* (1901).

No ofrecemos a Ober en calidad de gran escritor que ha caído en el olvido. Sin embargo, hay varios aspectos que efectivamente merecen nuestra atención dentro del contexto de este acervo de trabajos y de la gama de intereses y preocupaciones contemporáneas que en ellos se articulan. Durante la última década del siglo XIX, Ober pro-

blemente sabía tanto sobre las Antillas como cualquier otro norteamericano en quien se pueda pensar. Había viajado extensamente por la región, especialmente por las partes más remotas que rara vez visitaban otros viajeros; había conocido a muchos de los jefes de Estado y figuras prominentes; y estaba bien versado en la historia del área. Nadie conocía tan bien la situación contemporánea de los caribes —por más que eso fuera cuestión de escasa importancia en la década de 1890— y pocos eran los que poseían conocimientos más confiables de su historia y de la historia del colonialismo español con la que aquélla se hallaba entrelazada. En cierto sentido, sin embargo, esto convertía a Ober en un personaje atípico: después de 1898, cuando la corriente literaria sobre los antillanos de habla hispana se volvió un torrente, él se veía cómo una voz secundaria, un aficionado que fue desplazado por el fácil saber de los economistas, sociólogos y otros individuos que se consideraron expertos y que se dedicaron a analizar las atrasadas islas que habían caído en manos de los Estados Unidos.

COMENTARIOS

Rolena Adorno

El examen de Peter Hulme sobre los escritos de Frederick Albion Ober (1849-1913) —norteamericano de la Nueva Inglaterra— acerca de los antillanos nativos, suscita una pregunta importante: ¿cómo fue que la historia española del siglo XVI respecto a Colón y las Antillas pasó a formar parte de la historia narrativa de los Estados Unidos? Desde finales del siglo XVIII, uno de los principales canales fue la historia pública, es decir, la producción de relatos históricos para consumo de las masas, a través de rituales comercia-

les y políticos.¹ Otro de estos conductos fue la creación de una

¹ Michel-Rolph Trouillot (1990) estudia el lugar que ocupó Colón en la historia pública, durante las conmemoraciones que tuvieron lugar en Estados Unidos, desde las primeras festividades colombinas de 1790-1792, hasta la Exposición Colombina Mundial de 1893. Esta fue la que más celebró a Colón y lo convirtió en “la envoltura de un extravagante bazar yanqui”, descontextualizando al Colón histórico. Una vez aislado, fue convertido (y esto de manera un tanto irónica desde la perspectiva de los magnates que promovieron la Exposición) en símbolo de los “inmigrantes al gran crisol [norteamericano]” (pp. 14, 16). Veremos un similar alejamiento del contexto en los relatos sobre Colón del siglo XIX.